

# Monterrey en las fugas y el retorno de Elena Garro

La Sultana del Norte fue para la autora de *Los recuerdos del porvenir* la puerta de salida para conjurar el asedio político que la mantenía marginada a raíz de los movimientos estudiantiles y de las manifestaciones sociales de 1968 y fue la primera ciudad en invitarla para rendirle un magno homenaje tras vivir años atrapada en el drama de la reacción y del exilio.

PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI

UNIVERSIDAD DE NUEVO MÉXICO

Para la escritora Elena Garro (1916-1998) el norte, especialmente Monterrey, significó la vida en contraposición a la muerte. Estuvo ligada a la capital del estado de Nuevo León en diferentes tiempos y por diversas circunstancias.

Ahí se refugió antes de partir a Nueva York, en junio de 1969, a raíz del asesinato de Carlos Alberto Madrazo Becerra, cuando huía de la “cacería de brujas” desatada por el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz después de la masacre del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco.

Por la Sultana del Norte cruzó la frontera hacia Estados Unidos a finales de septiembre de 1972 rumbo a un doloroso exilio que se prolongó durante diecinueve años y a ella regresó después de

éste a recibir un homenaje.

Para Garro, Monterrey representaba “otra dimensión. Ahí llegas al extranjero”, señalaba. Pero no se refería a la norteamericanización. “No son ni norteamericanos ni mexicanos. Son como romanos. Parecen, al menos a mí me lo parecieron, patricios y patricias romanos. Poderosos, elegantísimos, personas que no se ven en el resto del mundo. Es un estilo muy distinto al del Distrito Federal o al de la provincia”.

“Sus mujeres están cargadas de poder, son mujeres que ya no se ven. Es la única parte en donde he visto que las mujeres tienen el poder por sí mismas, sin necesidad de manipulaciones. Son mujeres muy bellas, elegantísimas.

“En Monterrey los ricos saben ser ricos. En otros lugares los ricos esconden su riqueza, les da

pena ser ricos. A la gente de Monterrey, en cambio, no le da ninguna pena. Es gente muy especial y muy acogedora.

“La ciudad llena de avenidas y puentes. Las casas son sumamente lujosas, pero con un lujo diferente al de la Ciudad de México, casas realmente fastuosas, los muros llenos de cuadros: de Cuevas, de Sorianos. Son como protectoras de las artes, semejantes a los mecenas de otros tiempos”<sup>1</sup>.

## Activista política y social.

Elena Garro no sólo es una de las escritoras más relevantes del siglo XX, sino que también se distinguió por su activismo en defensa de las causas campesinas, en búsqueda de la justicia, la pluralidad y la democracia.

Su lucha a favor de los pueblos indígenas se inició a finales

**La escritora Elena Garro**  
captada durante la conferencia  
de prensa en la que desmiente  
ser instigadora de los sucesos  
estudiantiles de 1968.





**La escritora fue una activista que luchó y sostuvo sus convicciones contra un sistema totalitario. En la imagen, junto a Elena Poniatowska con campesinos a los que defendió. Abajo, Carlos A. Madrazo.**

de 1956. Se involucró con los comuneros de Ahuatepec, Morelos, para defenderlos de la rapiña de los terratenientes y funcionarios dedicados a masacrar a los dueños originarios de la tierra y así apoderarse de sus derechos y de sus bienes. Vale la pena recordar que en este periodo finalmente se dio a conocer como escritora. El 19 de julio de 1957 el grupo Poesía en Voz Alta llevó a la escena tres de sus piezas en un acto: *Andarse por las ramas*, *Los pilares de doña Blanca* y *Un hogar sólido*.

Poco tiempo después su contienda a favor de los campesinos morelenses fructificó y, en enero de 1959, ganó en un juicio las propiedades comunales de Ahuatepec, junto con el líder agrarista Enedino Montiel Barona. No obstante, Adolfo López Mateos, presidente de México, la obligó a salir del país al mes

siguiente para aislarla de los movimientos sociales.

Su combate y su rebeldía en contra de la autocracia y de la sociedad falocéntrica provocaron su destierro. Se trasladó con su hija Helena Paz Garro a Nueva York y después a Europa. Regresaron a México en junio de 1963.

Elena Garro estaba muy lejos de doblegarse ante el poder y volvió a retomar la rienda de su activismo social. Dos temas dominaron su vida en los años sesenta: la defensa de los indígenas y la escritura. A su retorno apareció *Los recuerdos del porvenir* (1963), la novela en donde enjuició la corrupción del sistema posrevolucionario y diseccionó los tejemanejes que provocaron la Guerra Cristera. En esta época también asombró a sus cote-

rráneos con *La semana de colores* (1964), colección a la que pertenece uno de sus relatos más emblemáticos: “La culpa es de los tlaxcaltecas”.

Cuando Carlos Alberto Madrazo Becerra fue designado presidente del Partido Revolucionario Institucional (PRI), en noviembre de 1964, la periodista se reencontró con su antiguo colega universitario. Desde su puesto, el político tabasqueño se propuso desarticular al sistema totalitario mexicano y Garro se convirtió en una de sus voceras. Publicó artículos y reportajes que desglosaban la corrupción y las represalias de los caciques y funcionarios en contra de los campesinos y difundió la ideología del estadista. Madrazo sólo pudo aplicar sus reformas durante un año. Los oligarcas encontraron los medios para desacreditarlo y expulsarlo de sus filas partidistas.

Las huelgas y las protestas por la falta de libertad de expresión y de oportunidades económicas siguieron en ascenso y provocaron el surgimiento del movimiento estudiantil. Al mismo tiempo que el gobierno enfrentaba las demandas de los estudiantes y de la población en general a mediados de 1968, los seguidores de Madrazo le

exigieron la formación de un nuevo partido: Patria Nueva, organismo que de inmediato amenazó la estabilidad de “la familia posrevolucionaria”. La intolerancia del Estado no se hizo esperar y eliminó a am-



bos movimientos el 2 de octubre en La Plaza de las Tres Culturas.

Unos días antes, el 28 de septiembre, Elena Garro recibió una amenaza de muerte vía telefónica y abandonó su casa en Alencastre 220, ubicada en Lomas de Virreyes, acompañada por su hija Helena. Aterrorizadas, al día siguiente se refugiaron en el domicilio de María Collado<sup>3</sup>. En ese espacio escucharon las sirenas de las ambulancias y los ecos de la matanza en Tlatelolco.

Todavía la escritora no se imaginaba el alud que se cerniría sobre ella. El 6 de octubre los principales periódicos del país difundieron las acusaciones de uno de los dirigentes principales del Consejo Nacional de Huelga, Sócrates Amado Campos Lemus, orques-

**En la portada de *La Prensa*, Garro, además de Madrazo, es relacionada con otros supuestos implicados en el complot: Humberto Romero Pérez y Braulio Maldonado.**

tadas por el Estado, contra Madrazo y Garro como los principales instigadores de los sucesos estudiantiles como parte de un complot para derrocar al gobierno e implantar un régimen comunista<sup>4</sup>.

Ese mismo 6 de octubre, la escritora dio una conferencia de prensa para desmentir las declaraciones de Campos Lemus en su contra. *Excelsior* asentó: “llamó repetidas veces a la Dirección Federal de Seguridad para ‘ser detenida y fusilada’ si se prueba que ella ha formado parte del grupo intelectual que intenta derrocar al gobierno. Pidió un careo con Sócrates Campos, a quien calificó de ser el ‘mascarón de proa de un problema político interno del PRI y del gobierno actual con miras a la próxima su-

cesión presidencial”<sup>5</sup>. En ese sentido reveló la conspiración de Luis Echeverría en su escalada por la presidencia<sup>5</sup>.

La respuesta de Garro en su defensa también padeció la manipulación de los medios al servicio del erario. El encabezado de *El Universal* fue el más tendencioso: “Culpa Elena Garro a 500 intelectuales”. De acuerdo con el reportero, la dramaturga declaró: “No son los estudiantes los verdaderos responsables de la agitación contra el gobierno del presidente Díaz Ordaz, sino un grupo de más de 500 intelectuales mexicanos y extranjeros,

la mayoría de ellos educados en altos empleos en la Universidad Nacional Autónoma de México y del Politécnico”<sup>6</sup>.

Al atribuirle a la escritora la “delación” de los intelectuales





**Garro desmiente** ante los medios las declaraciones de Campos Lemus. Los rotativos no volvieron a publicar ninguna de sus aclaraciones. Abajo, el doctor Dante Decanini.

tuales, el Estado la enemistaba con éstos, la eliminaba de la arena política y aniquilaba su activismo en defensa de los campesinos. Esta nota se convirtió en el “caballito de batalla” de las fuerzas represivas para eliminarla de la vida política y cultural. Se intensificaron la persecución, el descrédito y el éxodo para la escritora. Ya no habría vuelta atrás. Junto a su hija Helena estuvo bajo la coacción de Fernando Gutiérrez Barrios, el director de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), a quien llamaba “D’Argagnan”<sup>7</sup> y sus agentes.

Ni Carlos Madrazo, ni Elena Garro, ni los otros acusados fueron conspiradores para derrocar a Díaz Ordaz; todo lo contrario, el gobierno fue el que orquestó un complot en contra de Madrazo y de la autora para eliminar la posibilidad de un México más equitativo, justo y libre.

A partir de la masacre en Tlatelolco la escritora fue silenciada y quedó marcada por la persecución, las mudanzas y la “leyenda negra”. El Estado la asesinó, desde el punto de vista metafórico, por haberse atrevido a ventilar la corrupción del sistema político mexicano, defender a los

campesinos despojados de sus tierras y por su alianza con Carlos A. Madrazo en su movimiento democrático que iba adquiriendo popularidad en 1968.

**La huida a Monterrey.**- El 4 de junio de 1969 la cúpula en el poder exterminó a Carlos A. Madrazo en un sospechoso accidente aéreo, mejor dicho en un crimen de Estado. Una bomba hizo explotar el avión de la Compañía Mexicana de Aviación, vuelo 704, en el que viajaban el tabasqueño y su esposa Graciela Pintado.

A las ocho de la mañana la aeronave se estrelló contra el Pico del Fraile y perecieron los 79 pasajeros. (ver *Atisbo* No. 2) Mientras se le denigraba en la prensa, sin que ella pudiera defenderse ante la cerrazón de los medios al servicio del erario —los rotativos no volvieron a publicar ninguna de sus aclaraciones por órdenes de los poderosos—, la escritora fue presa del miedo.

Pensando que también serían eliminadas decidieron emprender la huida en junio de 1969. Desde diciembre de 1968 madre e hija vivieron “a salto de mata”: en la casa de María García Collado, en un convento y en hoteles con nombres falsos. Escribió en su diario: “Teníamos que irnos al norte. [...] nos fuimos a Monterrey”<sup>8</sup>.

Pero su situación era precaria: “calor terrible. No teníamos dinero. Sólo un cheque de Octavio Paz de dos meses”, el cual pudieron cambiar gracias a Dante Decanini<sup>9</sup>.

Aun así, arribaron al Hotel Ramada Inn, situado en las faldas del Cerro del Topo Chico, en San Nicolás de los





**El Hotel Ramada Inn**, situado en las faldas del Cerro del Topo Chico, fue su refugio varias semanas. Abajo, Elena Garro y su hija Helena Paz Garro. Ambas sufrieron años de persecución, fugas y exilios por parte del régimen.



Garza. “Piscina, buena comida [...] Me reconoció el director. Me dijo que él era también maderista. Me contó que en Saltillo había habido motines terribles”.

Así, estuvieron en Monterrey varias semanas. Elena Garro llamó a Fernando Gutiérrez Barrios pero, escribió, “fue inútil. Ante la amenaza de D’Artagnan decidimos irnos a La Laguna”. Llegaron a Torreón por la tarde donde se instalaron en el hotel Isabel. Ahí, relató, buscaron a Pedro Gallardo y a “La Colo-

rada”, quienes las llevaron a Lerdo, Durango, donde vivía Alicia, la viuda de un general.

Cruzaron la frontera, llegaron a El Paso, Albuquerque, Chicago hasta Nueva York, pero debido a la falta de dinero, emprendieron el regreso a la capital mexicana poco antes de la Nochebuena de 1969.

**Monterrey y el Pico del Fraile.** - Por fin, al inicio de 1970, Garro logró que le rentaran un departamento en la calle Taine 222, en la colonia Polanco. De

ahí las dos Elenas escaparon el 29 de septiembre de 1972, nuevamente con dirección a Estados Unidos.

José Luis Castillo Senties<sup>10</sup>, amigo de Helena Paz, y su socio Roberto Balderas, tenían una empresa de mudanzas. Gracias a sus contactos en la aduana podrían cruzar la línea divisoria entre los dos países. El señor Balderas, además, embolsó las pertenencias de su casa, mismas que resguardó en sus bodegas por más de dos décadas.

“Era día de San Miguel y Solticio, si lograba salir del país ese día estaba salvada. Corrimos todo el día a 150 kilómetros por hora”, escribió en uno de sus diarios.

“Debíamos cruzar el puesto policial a las once y media de la noche, pues el amigo contaba con unos soldados que nos dejarían pasar a esa hora. [...] Al llegar a Monterrey, Moreno se perdió. Ya era de noche y daba vueltas y vueltas alrededor del Pico del Fraile, enorme y negro, en donde se había matado Carlos [Madrazo] y su mujer, como si hubiera allí un hechizo. Moreno sudaba y Helenita me decía en francés: ‘aquí es adonde nos van a matar; anda buscando a la gaviilla’. Una hora después encontró la salida”.

Adelante del Pico del Fraile se pinchó una llanta del auto que conducía Moreno, chofer de la empresa Balderas. Se quedaron en una cuneta oscura, llena de maleza que daba a un camino vecinal muy oscuro.

“Creí que Helenita se iba a morir de miedo. Los grillos cantaban y casi no había coches. Me bajé del auto para ayudarle a Moreno a cambiar la llanta. Fue difícil y largo. Vi que él también llevaba miedo y entonces comprendí por qué: en un cajón de libros que iba en el asiento delantero estaban *Los recuerdos del porvenir* con mi foto. ¡Y mi amigo me había rogado que no le dijera mi nombre!

“Subimos al coche y para disipar el horror de Moreno y de Helenita mientras cruzábamos el desierto oscuro y amenazador, me puse a cantar canciones mexicanas: ‘Cante más señora, por favor’, me pidió Moreno”.

A las once y media llegaron al puesto militar. Un oficial se acecó, echó una luz al interior del auto: “¿La señorita Helenita?”, preguntó. “Soy yo”, contestó la hija. “Sigan. Sigan rápido”. A las doce de la noche cruzaron el puente. Del otro lado los aduanales texanos “altos y rubios me parecieron ángeles. Terminó el horror”<sup>11</sup>.

El chofer las llevó hasta Houston y madre e hija continuaron su travesía hacia Nueva York. Ahí vivieron desde fines de 1972 hasta mayo de 1974. La escritora solicitó asilo político y al no recibirlo, se trasladaron a Madrid, en donde padecieron los años más desga-

rradores del exilio. “Llegamos a Madrid con 30 dólares en la bolsa”<sup>12</sup>. Radicaron en la capital española del 30 de mayo de 1974 a junio de 1981.

A finales de 1978 y principios de 1979, gracias a Enrique Tierno Galván, destacada figura intelectual y política de España, la periodista finalmente comenzó a publicar segmentos de sus *Memorias* en *Informaciones*, *Litoral* y *Nueva Estafeta*<sup>13</sup>.

También Joaquín Mortiz rompió “el muro del silencio” y dio a conocer la colección de relatos *Andamos huyendo Lola* (1980) y, ese mismo año, Garro obtuvo el Premio Grijalbo de Novela por *Testimonios sobre Mariana* (1981). Con el dinero del galardón se mudaron a París en junio de 1981 y las cosas mejoraron hasta cierto punto.

En septiembre de 1991 se empezó a anunciar el retorno de la escritora a México. En el marco de la XII Muestra Nacional de Teatro, celebrada en Aguascalientes y dedicada a su obra teatral, regresó como invitada

distinguida. También la homenajearon en Guadalajara, Puebla, Tabasco, en la Ciudad de México y, sobre todo, en Monterrey.

La noche del 12 de noviembre de 1991, Elena Garro recibió un homenaje por parte del gobierno del estado de Nuevo León en la Gran Sala del Teatro de la Ciu-

## El Estado reprimió brutalmente la corriente madracista a la que pertenecía Garro.

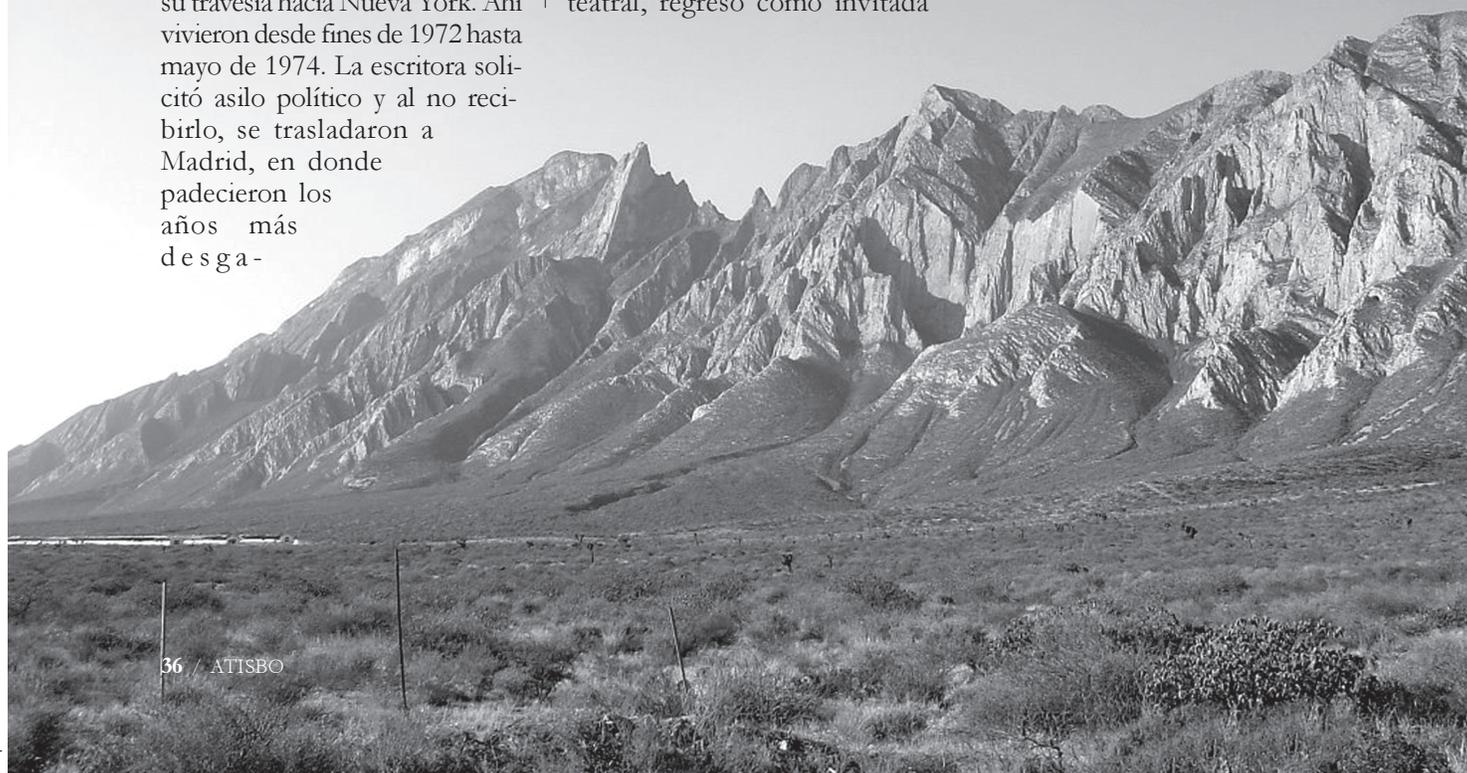
dad, en donde se colocó una placa en reconocimiento a su obra.

La novelista comentó emocionada hasta las lágrimas: “estoy conmovida, le agradezco a Monterrey antes y ahora porque ha sido parejo en las horas malas y en las horas buenas. Gracias a todos”<sup>14</sup>.

Ese mismo día, por la tarde, había departido con los alumnos y maestros de la carrera de Letras

---

**En su fuga hacia** el norte pasaron frente al Pico del Fraile, que inspiraba temor a Garro por lo ocurrido a Carlos A. Madrazo.





**Su regreso a México** significó el fin del ostracismo para Garro. En la imagen recibe reconocimiento de la UANL tras su diálogo con estudiantes y maestros en la Capilla Alfonsina.

Españolas del Tecnológico de Monterrey durante la comida que le brindaron en su honor. El miércoles 13 tuvo lugar el “Diálogo abierto” en la Capilla Alfonsina en la Universidad Autónoma de Nuevo León.

De esta memorable y última estancia en Monterrey, la autora le comentó a Vilma Fuentes en una entrevista:

“Volamos a Monterrey. Me hicieron fiestas. Fue donde más me homenajearon. Ahí me dieron una placa, mírala, ahí está”.

Elena señala una placa dorada que está puesta sobre la chimenea, contra el espejo. Se levanta por ella, contenta, para mostrármela de cerca.

“Pusieron la placa original en el teatro. Es gente muy espléndida, magnánima. Fue donde más me festejaron: comidas, cenas, conferencias en la Capilla Alfonsina. Me hospedaron en un gran hotel, muy elegante. En

Monterrey encontré a otro antiguo amigo, Dante Decanini, un doctor, senador ahora. No había envejecido, bueno, un poquito marcado, pero no desfigurado como otras personas que se desfiguran con los años. Ése era uno de mis miedos: encontrar muy cambiada a la gente, no reconocer a los amigos. No reconocirme en ellos: no ser reconocida”<sup>15</sup>.

Sabemos que a Elena Garro la reconocieron sus viejos amigos regiomontanos y también los jóvenes, pero estos últimos a través de algo más trascendente: mediante su legado literario y dramático, pues con su entusiasmo demostraron que la autora no se había ido ni de Monterrey ni de México.

No puedo cerrar esta crónica sin mencionar y lamentar que la placa con la que se honró a la escritora en el Teatro de la Ciudad de Monterrey en 1991 se encuentra cubierta por el polvo del olvido, en un área oscurísima en donde pasa totalmente desapercibida.

Ojalá que al recordar con este texto el amor de Elena Garro por Monterrey se reviva la ad-

miración de los regiomontanos por nuestra autora, le den la luz que se merece a dicho reconocimiento y que Nuevo León vuelva a estar a la vanguardia en la difusión de su obra. Sé que ese amor ha sido mutuo.

#### Fuentes

- 1 Fuentes, Vilma, “De regreso a París, Elena Garro hace un balance de su viaje. ‘Del nuevo México que vi no voy a poder escribir nada porque me dejó hecha polvo’”, *Proceso*, Cultura, México, 13 de enero de 1992, pp. 46-49.
- 2 La Universidad Veracruzana publicó su primer libro: *Un hogar sólido y otras piezas en un acto* (1958).
- 3 María Consuelo García Collado fue una nana española de la infancia de Elena Garro. La autora se refirió a ella siempre como “María Collado”. Años después contrajo nupcias con su tío viudo Bonifacio Garro.
- 4 Iturbide González, Ricardo, “La conjura, al descubierto”, *El Universal*, México, 6 de octubre de 1968, primera plana.
- 5 Ravelo, Carlos y Jesús M. Lozano, “Niegan cargos los cinco señalados”, *Excelsior*, México, 7 de octubre de 1968, p. 18-A.
- 6 Rivero, Oscar del, “Refutan cargos los acusados. Culpa Elena Garro a 500 intelectuales”, *El Universal*, México, 7 de octubre de 1968, primera plana, p. 10.
- 7 Véase Rosas Lopátegui, Patricia, *El asesinato de Elena Garro. Periodismo a través de una perspectiva biográfica* (2a. ed. aumentada, Monterrey, UANL, 2014), pp. 614-623.
- 8 Garro, Elena, “Memorandum”. *Elena Garro Papers* (CO827), Princeton University Library.
- 9 El médico Dante Decanini Flores, quien se desempeñó como jefe del Servicio de Neumología en el Hospital Universitario y como director de la Facultad de Medicina de la UANL, le prestó una valiosa ayuda.
- 10 Sobrino de Octavio Senties Gómez, nombrado regente de la Ciudad de México (1971-1976) por el presidente Luis Echeverría Álavarez cuando destituyó de su puesto a Alfonso Martínez Domínguez después de la represión estudiantil del 10 de junio de 1971.
- 11 Rosas Lopátegui, Patricia, *Testimonios sobre Elena Garro. Biografía exclusiva y autorizada de Elena Garro*, Monterrey, Ediciones Castillo, 2002, pp. 356-358.
- 12 Ramírez, Luis Enrique, *La ingobernable. Encuentros y desencuentros con Elena Garro*, México, Raya en el agua, 2000, p. 90.
- 13 Véanse en Rosas Lopátegui, Patricia, *El asesinato de Elena Garro*.
- 14 Medellín, María Luisa, “Homenaje la emoción hasta las lágrimas. Elena Garro agradece a Monterrey por acompañarla en las buenas y en las malas”, *El Norte*, Cultural, Monterrey, 14 de noviembre de 1991, portada.
- 15 Fuentes, Vilma, *ob. cit.*